



5

O. Completas
tomo VIII

ACCION Y ENSUEÑO

Por MIGUEL DE UNAMUNO

(Para La Nación)

SALAMANCA, marzo de 1921.

Preparando un artículo sobre el general Mitre desde el punto de vista español, que para el número de su centenario, el 25 de junio, en este diario, se no sha pedido, acudimos, entre otras fuentes de sugestión, a lo que Ricardo Rojas dice del prócer argentino en el tomo III, dedicado a los proscriptos, de su «Historia de la Literatura Argentina». Y allí nos encontramos que, entre otras cosas, le llaman «hombre de acción y de ensueño» y poeta en hechos y no sólo en palabras. Y ello nos suscitó, una vez más, el eterno pleito entre la vida activa y la contemplativa, entre la acción y el ensueño. Ya que la contemplación no es sino ensueño.

El mismo Mitre, en sus trabajos contemplativos o, si se quiere, de ensueño—¿qué otra cosa es la historia?—en sus estudios históricos encontró una vez ante un hombre cuya acción fué ensueño y su ensueño acción, ante un hombre que hizo de su espada, pluma, y de su pluma, espada, ante un nuevo Don Quijote, como lo hemos llamado antes de ahora. Simón Bolívar, por supuesto. Y al encontrarse con él escribe Mitre al empezar el capítulo XLIX de su «Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana» estas palabras: «Un ensueño suele ser el hilo fijo de la trama de la vida de un hombre». Y así es.

Con ensueños se teje la acción, aunque a su vez el ensueño esté tejido con acciones. Pero ¿qué es acción? ¿qué es ensueño? ¿Acaso soñar no es hacer? Y a las veces deshacer... ¿Acaso hacer es soñar? ¿Y los que hacen—y los que deshacen—no es con palabras y soñando?

La palabra crea—y la pluma—tanto como la espada y deshace tanto como ésta. Fué un soldado, un centurión romano, el que según el Evangelio (Mat. VIII, 7-10) le dijo al Cristo: «Di solamente la palabra y mi mozo sanará; porque también yo soy hombre bajo potestad y tengo bajo de mí soldados, y digo a éste: «¡ve!» y va, y al otro: «¡ven!» y viene, y a mi siervo: «¡haz esto!» y lo hace». Y el Cristo se maravilló de la fe del soldado en el poder de la palabra. Bien que la palabra creadora del Cristo era: «¡quero!» (v. 3.) y «¡quero!» es palabra creadora. Mas el centurión creía en la palabra y que la palabra crea hechos, acciones.

«Entonces soñaba con la inmortalidad...»—escribía Mitre en el prólogo a sus «Rimas» al contar cómo de joven se dedicó a la poesía, a la

creación por palabra. Y luego escribió sus epopeyas históricas, las vidas de Belgrano y de San Martín. Lo que no hizo fué contar, como los generales Paz y La Madrid, su propia vida pública. Este biógrafo no hizo autobiografía. Su pluma escribió un poema, su espada otro.

Hay en la vida de nuestro máximo héroe legendario, Nuestro Señor Don Quijote, un pasaje capitalísimo que no sabemos cómo se nos escapó sin comentario al escribir nuestro «Vida de D. Quijote y Sancho». ¿Cómo entonces, hace ya diez y seis años, no lo vimos? Pero es que después... El pasaje se halla en el capítulo I de la primera parte del «Libro», al empezar la historia, y es donde dice que

el pobre caballero no estaba muy bien con las heridas que D. Bellanís daba y recibía, y añade: «Pero, con todo, alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inabarcable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma y darle fin al pie de la letra, como allí se promete; y sin duda alguna lo hiciera, y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran».

Por donde se ve que Nuestro Señor Don Quijote, el pobre caballero, el héroe de la risa trágica e inmortal, hubo un momento en que estuvo a punto de hacerse escritor, de enristrar la pluma en vez de la lanza y de escribir aventuras en vez de hacerlas. O de sufrirlas. ¿Y habría sido menos quijotesco entonces? ¿Es que la pluma de Cervantes no es la lanza de Don Quijote? ¿O es que esas aventuras de Don Quijote, que el vulgo cree que fueron escritas—escritas por Cervantes—y no hechas por el pobre caballero, no han creado acciones—y pasiones—como la palabra creadora del Cristo?

¡Don Quijote escritor! ¡Y cuántos escritores no han quijotizado! Pero escritores de palabras—de palabras, ¿eh?—y no de letras; escritores de palabra viva, de palabra creadora, poetas y no literatos. Porque literato y literatura dicen relación a letra y la letra mata, la letra es cosa funesta. Y el espíritu, que es palabra—palabra más que acción—vívifica.

Habrá quien crea que si Don Quijote se hubiese dedicado a escribir aventuras como la de D. Bellanís, si «otros mayores y continuos pensamientos»—pensamientos de acción—no se lo hubiesen estorbado, habría evitado los molimientos de costillas y las burlas de las gentes. Pero ¿quién sabe...? Pues hay a quien se le persigue por lo que escribe. Y esto es cuando escribe palabras y no letras y cuando su pluma es lanza.

«Escribiendo se desahoga uno y se





evita la acción—hay quien dice. Pero el que dice tal no sabe lo que es escribir palabras vivas. «Un ensueño suele ser el hilo fijo de la trama de la vida de un hombre». Sin duda, y aun más, y es que la trama misma de la vida de un hombre es ensueño, que la vida es sueño, o como con mayor energía aún dijo Shakespeare—otro hombre de acción—estamos hechos de la madera de los sueños. El hombre mismo suele ser ensueño y como tal hilo fijo de la trama de la vida de un pueblo. ¿No fué un ensueño Don Quijote? ¿no lo fué Belgrano? ¿no lo fué San Martín? ¿no lo fué Mitre, que escribió el relato de sus vidas, de sus ensueños de acción? ¿no lo somos nosotros, Ricardo Rojas y el que estos os dice ahora aquí?

¡Acción! ¡Ensueño! ¿Dónde acaba la una y empieza el otro? ¿qué los separa? La acción pública de Mitre fué un ensueño y los ensueños de Belgrano y de San Martín, que escribió, que re-creó, fueron acciones. Ni creó con estos escritos de palabras menos cosas vivas que con las batallas que ganara. Creó o destruyó, que es otro crear.

Sí, destruir, deshacer, es un crear, es un hacer. El pobre caballero de la acción-ensueño, del ensueño-acción, Nuestro Señor Don Quijote, salió al campo a deshacer. Nos lo dice su historia. Porque nos cuenta ésta que cuando renunciando a escribir las aventuras de D. Belianis resolvió

«para el servicio de su república» hacerse caballero andante, salió a ejercitar éste oficio «deshaciendo todo género de agravios». A deshacer agravios y entuertos vino Don Quijote al mundo. Cuando vió la gente que llevaban forzada a galeras, exclamando: «¿es posible que el rey haga fuerza a ninguna gente?», acudió a su oficio de «desfacer fuerzas y socorrer y acudir a los miserables». Y todo «para el servicio de su república». ¡Eterna enseñanza la de ese pasaje!

Y el deshacer es un hacer y es acción. Y se deshace con palabras vivas y con ensueño. ¡Lo que deshace un ensueño lanzado a los corazones de las gentes! Ni la espada más destructora, ni el fuego. Porque un ensueño es fuego, y fuego devorador. Lo fué el de Bolívar. Y quemó un mundo. Lo quemó para dejar sitio a otro. Que sólo sobre la destrucción cabe construcción, sólo sobre el deshacimiento se hace.

Leopardi en su inmortal canto «Ad Angelo Mai» nos dice que Vittorio Alfieri, el alóbrogo feroz, «privado, inerme—¡memorable osadía!—en la escena movió guerra a los tiranos» y: «bah, ¿guerra en la escena? ¡guerra escénica!—dirá alguien.—Pero ésta que el mismo Leopardi—¡otro hombre de acción!—llama «miserable guerra» puede ser una guerra de mucha mayor eficiencia que la otra. Hay dramas escénicos que han vallido por batallas y ha habido batallas más escénicas, mucho más escénicas, que muchos dramas de teatro.

Pero... ¿teatro? ¿y qué es teatro? ¿Es que hay quien crea que Prometeo, Hamlet, Carlos Moor, Brand han sido menos activos y menos eficaces que Alejandro Magno, Julio César o Napoleón? Por nuestra parte creemos que el «Wallenstein» de Schiller es más activo y ha dejado y producido más cosas que el Wallenstein que le sirvió de argumento para su drama. Porque el ensueño es la suprema acción y un hombre se hace activo de verdad cuando otro hombre le sueña y le vuelve a crear con la palabra. Homero hizo a Aquiles.

